

SUPERMAN

Los rascacielos rompían con sus agujas las nubes oscuras. La sombra de los edificios –construidos los unos sobre los otros– se proyectaba como un enorme monstruo sobre el pequeño, insignificante, suburbio en el que vivía Kaori.

La contaminación invadía los poros de todos los transeúntes. La mayor parte de ellos portaban mascarillas; al contrario de Kaori, que ajena a toda la situación, brincaba de un lado a otro por las estrechas calles de su pueblo a las afueras de Tokio.

Era pronto, desayunaba pan de ayer y una pieza de fruta. Su padre la escrutaba en silencio bajo el umbral de la puerta. Ella le miraba mientras terminaba su manzana Fuji.

-Date prisa, todavía tenemos que coger el metro. –Hiroshi recogía la minúscula cocina en un intento por mantenerla limpia.

Esa mañana no hablaron mucho, Kaori estaba medio dormida y dejaba que la mano fuerte de su padre la guiase entre la gente.

Cuando ya parecía que habían pasado mil años desde que salieron de casa, divisaron a lo lejos el colegio al que asistía la hija de Hiroshi.

Ella se despidió de su padre con un beso sonoro y se fue corriendo. Antes de entrar por la puerta y sumarse a sus compañeros, se giró y divisó a su padre esperando a que entrase. Kaori agitó la mano a modo de despedida y segundos después ya estaba dentro y charlando con sus amigos.

Su profesora, Sakura, era una mujer baja y delgada, su melena era larga, negra y su flequillo le tapaba sus ojos oscuros.

Ese día estaba bastante animada y estuvo preguntando a sus alumnos sobre el fin de semana. Sus historias eran parecidas, todos vivían por la misma zona y su entretenimiento se basaba en jugar con la pelota o montar en bicicleta entre las calles del barrio.

-Es hora de ponernos a trabajar –los niños soltaron una exhalación, sabían que tarde o temprano ese momento llegaría–. Mañana es el día del padre y vais a hacer una tarjeta.

Los alumnos miraron entusiasmados, ya estaban imaginando los colores que pondrían y la cantidad de purpurina que sería necesaria.

Kaori, desde su sitio, pensaba en lo que pondría en la tarjeta. Se dirigió hacia los estantes donde ya se había formado una fila para coger los rotuladores y la cartulina. Una vez que los tuvo entre sus manos se fue con paso resuelto hasta su mesa. La compartía con otros cuatro niños los cuales ya habían empezado su labor.

Ella comenzó con la portada, letras grandes y coloridas. Las pintó minuciosamente y agregó purpurina a las partes donde le parecía que faltaba color.

Sonrió, satisfecha, ante el resultado de su creatividad. La sostuvo entre sus manos y sus compañeros de mesa, sobre todo Nanami, la miraban con asombro. Su mejor amiga miró con mala cara su portada y echándole de nuevo un ojo a la de Kaori se puso a retocar la suya.

Kaori se rio disimuladamente embargada, de pronto, por una sensación de orgullo. Sin embargo, esa alegría se vio momentáneamente pausada pues aún le quedaba escribir.

Sentada sobre la silla estuvo pensando durante un buen rato, mientras, sus compañeros ya habían empezado.

-¿No sabes por dónde empezar? –Sakura se había acercado al ver que esta no tocaba el lápiz. Kaori agitó la cabeza con gesto negativo –Tal vez puedas escribir sobre momentos en los que te lo hayas pasado muy bien juntos. O un dibujo.

Y dicho esto, Sakura se fue por donde había venido. ¿Un dibujo? Eso a Kaori no le convencía. ¿Los momentos? Demasiados, no podría escoger entre tantos.

Se dijo Kaori que quería algo especial. ¿Algo cómo qué? Pensó en su padre y tuvo, por fin, la idea que plasmar sobre la colorida cartulina.

La extensión de cartulina le parecía a Kaori demasiado grande como para terminarla de llenar. Pero ahí estaba ella, cogió el lápiz y se puso a trazar palabras con su letra sencilla, propia de una niña de ocho años.

Mi papá es...

Tras unos instantes se decidió.

*Mi papá es el papá más dulce del mundo.
Mi papá es el más guapo.*

Su sonrisa afloró de nuevo en su rostro, se le imaginaba cada mañana junto al espejo, peinándose el cabello con su peine de púas y después aplicarse unas gotas de perfume para después pedirle su aprobación a Kaori.

Sus pensamientos dieron ahora un giro, le recordaba junto a ella todas las tardes ayudándole con la tarea de la escuela, sus primeras sumas y restas. Decidida, volvió la vista sobre la cartulina y escribió.

*Mi papá es el más listo y el más inteligente.
El más amable.*

Escribió esto mientras pasaban por sus ojos la vez en la que –sentados en la mesa de uno de los restaurantes de la zona – su padre hablaba alegremente con el camarero y le daba las gracias por el servicio.

Mi papá quiere que sea la mejor en la escuela.

Una pequeña risa se le escapó; nunca olvidaría como aplaudía, emocionado, el día de su graduación para empezar la primaria.

Mi papá es simplemente genial pero...

De pronto un pensamiento que llevaba tiempo rondando por su cabeza se interpuso a todo lo demás. Y decidió escribirlo puesto que eso también formaba parte de él. De su vida; pero también de la de Kaori.

...él miente.

Kaori ya no sonreía.

*Miente sobre el hecho de tener un trabajo.
Miente sobre tener dinero.
Miente cuando dice que no está cansado.*

*Miente cuando dice que no tiene hambre.
Miente cuando dice que lo tenemos todo.
Miente acerca de su felicidad.*

Él miente...por mi culpa.

Las lágrimas de los ojos de Kaori amenazaban con derramarse. Ya no escribía. Parecía que el tiempo se había detenido; para ella, sus compañeros ya no estaban sentados a su alrededor, ni siquiera se encontraba en la escuela. Mañana no era el día del padre y no tenía que hacer esa estúpida tarjeta.

No.

Ahora ella se encontraba escondida detrás de los cristales de un edificio de Tokio. Una fila de personas de una inmensidad espeluznante hacía cola frente a la entrada. Todos portaban carpetas llenas de papeles –sus currículos– con los que abrigaban la esperanza de conseguir un trabajo. Y su padre estaba ahí, con ojos cansados pero con la esperanza de darle a Kaori todo lo que ella necesitaba.

Por su mente pasó ahora el recuerdo de su graduación, salieron pronto de su escuela y juntos, Kaori e Hiroshi, decidieron ir a dar un paseo por el parque. Pese a la contaminación, había todavía algunos árboles. Se sentaron a la sombra de uno de ellos y rodeados de una paz extrema vieron pasar a unos niños de la edad de Kaori con unos enormes helados.

Ella los siguió con la mirada mientras su padre –que estaba observándola– seguía el rastro de sus ojos. Una sombra oscura pasó por los ojos de Hiroshi que Kaori no pasó desapercibida.

De pronto vino a su mente el día de su cumpleaños y él la había invitado a cenar. Cogieron juntos el metro hasta un restaurante italiano el cual Hiroshi había oído hablar bien. Se sentaron en una de las mesas cercanas a la ventana para poder observar las luces de la calle.

La pizza estaba riquísima, devoraba con avidez los trozos mientras su padre la miraba. Kaori le preguntó por qué no cogía un trozo. Él le respondía que no tenía hambre; sin embargo su estómago rugía, contradiciéndole.

A veces se quedaba observándole cuando Hiroshi no miraba. Se fijaba en las arrugas que enmarcaban su rostro o en la espalda curvada por el peso de los acontecimientos. Pero sobre todo, se fijaba Kaori en los ojos de su padre. Bolsas oscuras los rodeaban. Eran oscuros, un pozo tan profundo que Kaori no podía –en una sola mirada– abarcar todo lo que había allí.

Aunque ella sabía lo que había al final de todo. Se lo veía cada mañana al levantarse y cada noche la acostarse. El amor de Hiroshi hacía que sus ojos poseyeran un brillo especial. Un resplandor dedicado exclusivamente para ella.

-Bien chicos, ya ha acabado la clase. Coged vuestras tarjetas y dádselas mañana a vuestros padres. ¡Seguro que les encantan! –Sakura apremió a sus alumnos a recoger sus mochilas para irse– ¡Hasta mañana!

Kaori recogió sus cosas silenciosamente. Apretó fuertemente la tarjeta contra su pecho y avanzó hacia la salida.

Encontró a Hiroshi esperándola en el lugar de siempre y este sonrió cuando pudo ver a su hija entre el gentío de compañeros.

Caminaron, abrazados, hasta el tren que los llevaría de vuelta a su pequeño piso en los suburbios de Tokio.

Mientras tanto, Jackson y Grace llevan su tarjeta hasta la minúscula habitación de alquiler de un edificio destartado a las afueras de Londres: Croydon.

María no sabe qué día es mañana y aunque no tiene ninguna tarjeta preparada, dibuja con tizas sobre el cartón que las cubre a ella y su madre en la Plaza Mayor de Madrid.

Paolo arregla su bicicleta para ir a trabajar con diez años al taller de su tío. Su madre lo observa por la ventaba de su chabola; el fuerte sol de Perú no la deja salir a despedir a su hijo.

En el Congo, Bene mira aterrorizada como el cuerpo de su hermano Mivek yace sin vida en la boca de la mina de coltán. Ella es la siguiente en bajar.

Pero no hace falta ir muy lejos, una hija, un hijo, un padre o una madre se asoma a la ventaba de su piso en una ciudad cualquiera de un país cualquiera y al lado del cajero, dentro del banco o si no fuera, se encuentra una persona que una vez fue un niño lleno de ilusiones y esperanzas.